

CONVERSACION EN LA MONTAÑA*

Paul Celan

Una tarde el sol, y no sólo el sol, había declinado, ahí se fue, salió de su casita y se fue el judío, el judío e hijo de judío, y con él iba su nombre, el impronunciable, se fue y vino, vino a trote lento, se hizo oír, vino con bastón, por sobre la piedra, me oyes, me oyes, soy yo, yo y él, el que tú oyes, que crees oír, yo y el otro: él iba entonces, podía oírse, iba una tarde, pues ciertas cosas habían declinado, iba bajo las nubes, iba por la sombra, la propia y la ajena -pues el judío, tú sabes, qué tiene él que le pertenezca realmente, que no sea prestado, tomado prestado y no devuelto-, se fue y vino, vino desde allá por la ruta, la hermosa, la incomparable, iba, como Lenz, por la montaña, él, al que habían dejado vivir abajo, en donde pertenece, en las hondonadas, él, el judío, venía y venía.

Vino, desde allá por la ruta, la hermosa.

¿Y quién, crees tú, vino a su encuentro? A su encuentro vino su primo, su primo e hijo de hermano, el que le lleva un cuarto de vida de judío, vino grande desde allá, vino, también él por la sombra, la prestada -pues cuál, yo pregunto y pregunto, cuál es ése que Dios ha hecho judío y puede venir con algo propio?- vino grande, vino al encuentro del otro, Gross vino hacia

*Paul Celan, *Gesammelte Werke*. Dritter Band. GedichteIII. Prosa.Reden. Hrsg. Beda Alemann/Stefan Reichert. Surkhamp. 1986, Frankfurt am Main. (pp. 169-173).

Klein, y Klein, el judío, hizo callar su bastón ante el bastón del judío Gross.

Entonces calló también la piedra, y todo era silencio en la montaña, allí por donde iban, éste y aquél.

Había silencio entonces, silencio allí arriba, en la montaña. Pero no por mucho tiempo, pues cuando el judío viene de allá y se encuentra con otro, de pronto ya nada más calla, ni siquiera en la montaña. Pues el judío y la naturaleza son dos cosas distintas, siguen siéndolo, aún hoy, aún aquí.

Helos allí pues, los hijos de hermanos, a la izquierda florece el martagón, florece silvestre, florece como en ninguna parte, y a la derecha, la radicheta, y *Dianthus superbus*, el clavel espléndido, no lejos de allí. Pero ellos, los hijos de hermanos, ellos, válgame Dios, no tienen ojos. Mejor dicho, ellos, también ellos, tienen ojos, pero les cuelga un velo delante, no delante, no, detrás, un velo móvil; apenas aparece una imagen, queda pendiendo del tejido, ya aparece un hilo, que se hila, se hila en torno de la imagen, un hilo de velo; se hila en torno de la imagen y engendra un niño con él, mitad imagen mitad velo.

¡Pobre martagón, pobre radicheta! Helos allí, los hijos de hermanos, en una ruta están, en la montaña, calla el bastón, calla la piedra, y el callar no es callar, ninguna palabra ha enmudecido y ninguna frase; es apenas una pausa, un hiato, un lugar vacío, tú ves todas las sílabas alrededor; son lengua y boca, esos dos, como antes, y en los ojos les cuelga el velo, y vosotros, pobres vosotros, no estáis ni florecéis, ya no quedan vosotros y julio no es julio.

¡Habladores! Aún ahora, que la lengua les golpea tontamente contra los dientes y que los labios no se curvan, ¡tienen algo que decirse! Bien, déjalos que hablen...

“Has venido de lejos, has venido hasta aquí...”

“He venido. He venido como tú”

“Lo sé”

“Tú sabes. Tú sabes y ves: la tierra se ha plegado aquí arriba, se ha plegado una vez, dos veces y tres veces, y se ha abierto en la mitad, y en la mitad hay un agua, y el agua es verde, y el verde es blanco, y el blanco viene de más arriba aún, viene de los glaciares; podría decirse, aunque no se debe,

que eso es la lengua que vale aquí, el verde con el blanco dentro, una lengua, no para ti y no para mí -pues, me pregunto, para quién ha sido pensada, la tierra, no para ti, digo, no ha sido pensada para ti, y no para mí- una lengua, y bien, sin Yo y sin Tú, puros El, puros El, comprendes, puros Ellos, y nada más que eso”.

“Lo sé”

“Lo sabes y quieres preguntarme: y has venido, sin embargo, sin embargo, has venido hasta aquí; ¿por qué y para qué?”

“Por qué y para qué... Porque he debido hablar, quizás, a mí o a ti, debido hablar con la boca y con la lengua y no sólo con el bastón. Pues a quién le habla él, ¿el bastón? El le habla a la piedra, y la piedra, ¿a quién le habla?”

“A quién, hijo de hermano, yo sé... Oyes, dice, acá estoy, estoy aquí, he venido. Venido con el bastón, yo y no otro, y no él, yo con mi hora, la inmerecida, yo que he sido herido, yo que no he sido herido, yo con mi memoria, yo, el débil de memoria, yo, yo, yo...”

“Dice él, dice él... Oyes tú, dice él... Y Tú oyes, por cierto, Tú oyes no dice nada, no responde nada, pues Tú oyes es el que está con los glaciares, él que se ha plegado, tres veces y no para los hombres... El verde-y-blanco allí, el del martagón y la radicheta... Pero yo, hijo de hermano, yo, que acá estoy, sobre este camino, al que no pertenezco, hoy, ahora que ha declinado, él y su luz, yo aquí con la sombra, la propia y la ajena, yo; yo que puedo decirte:

He yacido en la piedra, en aquel entonces, tú sabes, en las baldosas de piedra; y junto a mí yacían ellos, los otros, que eran como yo, los otros, que eran distintos y exactamente como yo, los hijos de hermanos; y allí yacían y dormían, dormían y no dormían, y soñaban y no soñaban y ellos no me amaban y yo no los amaba, pues yo era uno, y quién quiere amar a Uno, y ellos eran muchos, muchos más que los que yacían alrededor de mí, y quién pretende poder amar a todos, y, yo no te lo niego, yo no los amaba, a ellos, los que no podían amarme, yo amé la vela que allí ardía, en el rincón a la izquierda, la amaba porque ardía en derredor, no porque *ella* ardiera en derredor, pues *ella* era *su* vela, la vela que él, el padre de nuestras madres, había encendido, pues aquella tarde empezaba el día, un día, exacto, un día que era el séptimo, el séptimo al que debiera seguir el primero, el séptimo y no el último, yo amaba, no a ella, yo amaba su extinguirse, y sabes, no he amado nada más desde entonces; nada, no; o quizás lo que se extinguió como aquella vela en aquel día, el séptimo y no el último; no el último, no, pues

aquí estoy, en este camino del que dicen que es hermoso, pues aquí estoy, junto al martagón y junto a la radicheta, y cien pasos más allá, ahí enfrente, hacia donde puedo ir, ahí trepa el alerce hacia el cembro y yo lo veo y no lo veo, y mi bastón, él ha hablado, ha hablado a la piedra, y mi bastón calla y hace silencio ahora, y la piedra, dices, puede hablar y en mi ojo cuelga el velo, el móvil, cuelgan los velos, los móviles, tú has levantado uno y ya cuelga el segundo, y la estrella -pues ya está ahora sobre la montaña- si quiere entrar deberá celebrar nupcias y ya no será lo que era sino mitad velo y mitad estrella, y yo sé, yo sé, hijo de hermano, yo sé, yo te he encontrado aquí, y hemos conversado, mucho, y los pliegues de allá, tú sabes, no es para los hombres que están ahí, y no para nosotros, que íbamos y nos encontramos, nosotros, aquí bajo la estrella, nosotros, los judíos, que veníamos como Lenz, por la montaña, tú Gross y yo Klein, tú el hablador, y yo, el hablador, nosotros con los bastones, nosotros con nuestros nombres, los impronunciables, nosotros con nuestra sombra, la propia y la ajena, tú aquí y yo aquí: -yo aquí, yo; yo, que puedo decírtelo todo, que podría habértelo dicho; que no te lo dice y no te lo ha dicho; yo con el martagón, yo con la radicheta, yo con la extinta, la vela, yo con el día, yo con los días, yo aquí y allá, yo, quizás acompañado -¡ahora!- del amor de los no amados, yo en camino hacia mí, arriba”.

Agosto, 1959.

Traducción: Susana Romano-Sued.

